

ciertas relaciones morales, queda incluido en el sentido común, del cual forma un ramo; si se le quiere tomar en otra acepción, no la comprendo. El sentimiento moral es lo que indica su nombre; el sentimiento en sus relaciones morales. Como mero sentimiento, es una inclinación que nada significa en el orden moral, hasta que se subordina á la libertad, y se encamina á un objeto, con sujeción á las condiciones morales: en cuyo supuesto el criterio de su moralidad se halla en algunos de los capítulos que tratan de los deberes y derechos. Todo sentimiento se refiere al sujeto ó al objeto: así están señaladas sus reglas, cuando se han fijado las de la moral en todas sus relaciones.

En el orden de materias no he seguido el método común: no es necesario exponer aquí los motivos, ni lo consiente tampoco la brevedad que me he propuesto. No obstante, para juzgar de si he acertado ó no, hay un medio sencillo: leer el tomo con la mira de buscar allí un cuerpo de ciencia, resultado de un exámen riguroso. Si el libro llena este objeto, el método es bueno; sino, errado.

He procurado presentar las cuestiones bajo el aspecto reclamado por las necesidades de la época: si en algo conviene atender á esta circunstancia, es indudablemente en la moral. Fuera de las academias, pocos hablan de ideología y psicología; pero las cuestiones sobre la sociedad, el poder público, la propiedad, el suicidio, se agitan en todas partes. Es preciso tener sobre ellas ideas fijas, para preservarse de extravío, y es indispensable saber tratarlas con el método y estilo de la época, so pena de dañar á la verdad desluciéndola.



CAPÍTULO I.

EXISTENCIA DE LAS IDEAS MORALES Y SU CARÁCTER PRÁCTICO.

1. Hay en todos los hombres ideas morales. Bueno, malo, virtud, vicio, licito, ilícito, derecho, deber, obligación, culpa, responsabilidad, mérito, demérito, son palabras que emplea el ignorante como el sabio en todos tiempos y países: este es un lenguaje perfectamente entendido por todo el linaje humano, sean cuales fueren las diferencias en cuanto á la aplicación del significado á casos especiales.

2. Las cuestiones de los filósofos sobre la naturaleza de las ideas morales, confirman la existencia de las mismas; no se buscaría lo que son, si no se supiese que son. No cabe señalar un hecho mas general que este; no cabe designar un orden de ideas de que nos sea mas imposible despojarnos: el hombre encuentra en sí propio tanta resistencia á prescindir de la existencia del orden moral, como de la del mundo que percibe con los sentidos.

Imaginaos el áteo mas corrompido, el que con mayor impudencia se mofe de lo mas santo; que profese el principio de que la moral es una quimera, y de que solo hay que mirar á la utilidad en todo, buscando el placer y huyendo el dolor; ese monstruo, tal como es, no llega todavía á ser tan perverso como él quisiera, pues no consigue el despojarse de las ideas morales. Hágase la prueba: dígasele que un amigo á quien ha dispensado muchos favores, acaba de hacerle traición. « ¡Qué ingratitud! exclamará, ¡qué iniquidad! » Y no advierte que la ingratitud y la iniquidad son cosas de orden puramente moral que él se empeñará en negar. Figurémonos que el amigo traidor se presenta y dice al ofendido: « Es cierto, yo he hecho lo que V. llama una traición; V. me dispensaba favores; pero como de la traición me resultaba una utilidad mayor que de los beneficios de V., he creído que era una puerilidad el reparar en la justicia y en el agradecimiento. » ¿Podrá el filósofo dejar de irritarse á la vista de tamaña impudencia? ¿No es probable que

le llamará infame, malvado, monstruo, y otros epítetos que le sugiera la cólera? Y no obstante este es el mismo filósofo que sostenía no haber orden moral, y que ahora le proclama con una contradicción tan elocuente. Quitad el interés propio, hacédle simple espectador de acciones morales ó inmorales: y la contradicción será la misma. Se le refiere que un amigo expuso su vida para salvar la de otro amigo; qué acción más bella! dirá el filósofo. Por algunas talegas de pesos fuertes, un militar entregó una fortaleza, lo que causó la ruina de su patria; qué villanía, qué bajeza, qué infamia! dirá también el filósofo. ¿Esto qué prueba? Prueba que las ideas morales están profundamente arraigadas en el espíritu, que son inseparables de él, que son hechos primitivos, condiciones impuestas á nuestra naturaleza, contra las que nada pueden las cavilaciones de la filosofía.

3. Las ideas morales no se nos han dado como objetos de pura contemplación, sino como reglas de conducta; no son especulativas, son eminentemente prácticas; por esto no necesitan del análisis científico para que puedan regir al individuo y á la sociedad. Antes de las escuelas filosóficas había moralidad en los individuos y en los pueblos; como antes de los adelantos de las ciencias naturales la luz inundaba el mundo, y los animales se aprovechaban de los fenómenos notados y explicados por la catóptrica y dióptrica.

4. Así pues, al entrar en el exámen de la moral, es preciso considerar que se trata de un hecho; las teorías no serán verdaderas si no están acordes con él. La filosofía debe explicarle, no alterarle: pues no se ocupa de un objeto que ella haya inventado y que pueda modificar; sino de un hecho que se le da para que lo examine.

Por este motivo, los elementos constitutivos de las ideas morales es necesario buscarlos en la razón, en la conciencia, en el sentido común. Siendo reguladores de la conducta del hombre, no pueden estar en contradicción con los medios perceptivos del humano linaje; y debiendo dominar en la conciencia, han de encontrarse en la conciencia misma.

5. La razón, el sentido común, la conciencia, no son exclusivo patrimonio de los filósofos; pertenecen á todos los hombres; por lo que la filosofía moral debe comenzar interro-

gando al linaje humano, para que de la respuesta pueda sacar qué es lo que se entiende por moral ó immoral, y cuáles son las condiciones constitutivas de estas propiedades.

CAPÍTULO II.

CONDICIONES INDISPENSABLES PARA EL ORDEN MORAL.

6. No hay moralidad ni inmoralidad cuando no hay conocimiento: nada ha culpado jamás á una piedra, aunque con su caída haya producido un desastre; ni ha juzgado meritoria la influencia del agua que da á las plantas verdor y lozanía. Este conocimiento, necesario para la moral, debe ser superior á la percepción puramente sensitiva: por cuya razón están exentos de responsabilidad los brutos. La moral exige un conocimiento de relaciones, capaz de comparar los medios con los fines, una percepción inteligente; cuando esto falta, hay acciones físicas, provechosas ó nocivas, pero no morales ó inmorales.

7. De esto inferiremos, que la primera condición para que una acción pueda pertenecer al orden moral, es la *inteligencia* en el ser que la ejecuta. El orden moral corresponde pues únicamente al mundo intelectual, y de tal modo, que las criaturas racionales solo están en él, mientras usan de razón. En el sueño, ú otra situación cualquiera en que el uso de la razón esté interrumpido, no hay orden moral; y si se imputan algunas acciones como al borracho el asesinato, es porque con su conocimiento anterior había podido prever la perturbación mental y sus consecuencias.

8. El conocimiento de lo que se ejecuta no es suficiente, si el sujeto no obra con espontaneidad libre. Espontaneidad, porque si procediese por violencia, como uno á quien se forzase la mano para escribir, no habría acción del sujeto; este no sería más que un instrumento necesario del agente principal. Libertad, porque aun suponiendo que el acto se ejerce con espontaneidad y hasta con vivo placer, no hay orden moral, si el sujeto obra por un impulso irresistible, si no puede evitar la acción que ejecuta. El niño que no ha llegado al uso de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

razon, el demente, el delirante, hacen muchos de sus actos con espontaneidad, sin violencia de ninguna especie, tal vez con mucho gusto; y sin embargo sus acciones no son laudables ni vituperables, no pertenecen al mundo moral, porque el sujeto que obra no procede con libertad de albedrío.

9. La inteligencia, ó sea un conocimiento de relaciones, y la libertad, son necesarias para el orden moral; pero es preciso notar que por relaciones se entiende algo mas que las de los medios con los fines; y por libertad, algo mas tambien, que la simple facultad de hacer ó no hacer, ó de hacer esto ó aquello; se entiende cierto grado de conocimiento y de libertad, que no siempre se puede fijar con absoluta precision, pero que determinan aproximadamente la razon y el sentido comun. Un ejemplo hará comprender lo que quiero decir.

Un demente intenta escapar de su encierro, y dispone los medios de la manera mas adecuada; suple la llave con algun hierro que tiene á la mano, sale calladito; evita el encuentro de los vigilantes, arrima una escalera á una pared, se descuelga á la calle por una cuerda para evitar el daño de la caída, se dirige á la casa de su antiguo enemigo, y le asesina. No hay duda que muchos dementes son capaces de proceder asi; y por consiguiente hay en ellos un conocimiento de la relacion de los medios con el fin. Si al salir de la puerta de su encierro hubiese visto á un vigilante, habria retrocedido; é indudablemente lo hubiera hecho, si á la vista se siguiera la amenaza: por donde se conoce que al efectuar su accion, no obraba con un impulso del todo irresistible, y que podia dejar de obrar, en entendiendo que le tenia mas cuenta para evitar el castigo: conservaba pues alguna libertad; no obraba por un impulso irresistible. Sin embargo, nadie dirá que el demente fuera responsable del asesinato: si algun dia volviese á la razon, el recuerdo del homicidio no le rebajaria á los ojos de los demás hombres; seria digno de lástima, mas no de vituperio.

10. Para el orden moral, se necesita una capacidad de conocer la moralidad de las acciones, y de proceder libremente, conforme á este conocimiento; la criatura intelectual no está en el orden moral, sino cuando se halla completa, por decirlo asi, cuando, aunque no reflexione actualmente, es al menos capaz de reflexionar sobre el orden moral. Esto es tan cierto.

que no se culpa á quien comete con pleno conocimiento y libertad un acto, cuya malicia moral ignoraba invenciblemente. En el orden fisico, los actos son lo que son, prescindiendo del conocimiento de quien los ejecuta; pero en el moral todo depende del conocimiento y de la libertad del que obra; y este conocimiento y libertad deben ser capaces de referirse al mismo orden moral, de lo contrario no producen acciones que pertenezcan á él.

CAPÍTULO III.

NECESIDAD DE UNA REGLA FIJA.

11. Capacidad de conocer lo que se ejecuta en el orden fisico y en el moral, y libertad para obrar ó no obrar: hé aqui las condiciones que se necesitan para que un acto pueda ser digno de alabanza ó vituperio; así lo enseña la razon, lo juzga el sentido comun y lo confirma la legislacion de todos los pueblos. Pero hasta aqui hemos encontrado las condiciones necesarias, mas no las constituyentes; sabemos que aquellas son indispensables para el orden moral, sin conocer por esto cuál es la esencia de la moralidad. Con conocimiento y libertad se hacen cosas buenas ó malas, morales ó inmorales; ¿en qué consiste esa bondad y malicia, esa moralidad é inmoralidad? ¿Cuál es la razon de que el mismo conocimiento y libertad produzcan acciones buenas ó malas segun los objetos á que se aplican? Y ante todo, ¿hay alguna regla fija que distinga lo bueno de lo malo?

12. En el universo está todo en un orden, y no debian forma excepcion de esta regla las criaturas racionales. Pero ese orden no podia ser en ellas el efecto de una ley necesaria, á no mutilar su naturaleza despojándola del libre albedrío. Era preciso, pues, que en el ejercicio de sus facultades estuviesen sujetas á un orden que no las violentase, y que les dejase lugar á la transgresion. Por donde se ve que la ley moral no es para las criaturas racionales una influencia de fuerza, sino de atraccion, de limitaciones en varios sentidos, pero que siempre respeta su libertad de obrar. El que sabe la pena en que incurre si falta á

sus deberes, tiene limitada su acción por la influencia del temor; el que espera una recompensa de su obra está atraído por el deseo del premio; pero ambos motivos, así el repulsivo como el atractivo, aunque puedan ejercer más ó menos influencia sobre la voluntad, la dejan siempre libre: el uno puede cometer el delito arrojando la pena; y el otro puede omitir la buena acción renunciando al premio.

15. Por lo mismo que la criatura libre no tiene un principio determinante necesario de sus acciones, es preciso buscar alguna regla á que pueda atenerse, ó bien dejarla abandonada á todos los impulsos de su naturaleza. Esto último equivaldría á degradar la criatura racional, haciéndola de condición inferior á la de los brutos y aun de los seres inanimados; pues que estos tienen una regla á la cual se conforman por necesidad. Todo ser criado ejerce sus funciones en el orden del universo, y el ejercicio de ellas no puede estar abandonado al acaso, si se quiere que el ser pueda llenar el objeto de su destino. Así pues, será necesario convenir en que las acciones libres han de tener alguna regla; y en la conformidad á la misma debe consistir la moralidad.

14. Esta regla no depende del arbitrio de los hombres: las acciones no son morales ó inmorales porque se haya establecido así por un convenio, sino por su íntima naturaleza; ¿podrían los hombres haber hecho que la piedad filial fuese un vicio y el parricidio una acción virtuosa; que el agradecimiento fuese malo y la ingratitud buena; que fuera vituperable la lealtad y laudable la perfidia; que la templanza mereciese castigo y la embriaguez fuera digna de premio? Es evidente que no; las ideas de bien y de mal convienen naturalmente á ciertas acciones; nada puede contra eso la voluntad del hombre. Quien afirme que la diferencia entre el bien y el mal es arbitraria, contradice á la razón, al grito de la conciencia, al sentido común, á los sentimientos más profundos del corazón, á la voz de la humanidad, manifestada en la experiencia de cada día y en la historia de todos los tiempos y países.

CAPÍTULO IV.

LA REGLA DE LA MORAL NO ES EL INTERÉS PRIVADO.

15. Supuesta la necesidad y existencia de una regla, y probado que no es arbitraria sino natural, busquemos cuál es.

16. Entre los errores que se han vertido sobre la materia merece un lugar preferente el que confunde la moralidad con la utilidad privada. Según esto, lo útil á un individuo es moral para él, lo nocivo inmoral; lo que no daña ni aprovecha es indiferente; el orden moral es el conjunto de las relaciones de utilidad: quien obra con arreglo á ellas obra bien, quien las perturba obra mal. Las facultades de un ser deben dirigirse á proporcionarle el mayor bienestar posible: la relación con el grado de este bienestar es la medida de la moralidad de las acciones.

17. Desde luego salta á los ojos que este sistema erige en base de la moralidad el egoísmo: así comienza por fundarla en lo que le repugna, en lo que la destruye, á no ser que se engañe la humanidad entera. « Este hombre es un egoísta; para él nada hay bueno sino lo que le ofrece utilidad; » hé aquí una terrible acusación según la conciencia de todo el género humano; y no obstante esta acusación se convierte en elogio en el sistema que combatimos. « Este hombre es egoísta, solo atiende á su utilidad; solo á ella respeta; » significará ese absurdo: « el egoísta es altamente moral, pues que solo respeta la utilidad, esencia de la moralidad. »

Esta observación basta y sobra para destruir tan errónea doctrina; sin embargo, bueno será examinarla y refutarla con mas extensión y bajo todos sus aspectos.

18. ¿Qué es la utilidad? Es el valor de un medio para lograr un fin. Un caballo es útil, porque nos sirve para montar ó conducir efectos; el dinero es útil, porque nos sirve para proveernos de lo que necesitamos; la pluma es útil, porque nos sirve para escribir. Cuando una cosa no conduce á otra se llama inútil para ella. Así, pues, las ideas de utilidad ó inutilidad son esencialmente relativas; lo que es útil para una cosa

es inútil para otra. Lo que no solo no conduce al fin, sino que lleva á lo contrario, no se llama inútil, sino dañoso ó nocivo. Para andar con desembarazo sirve la ligereza del traje, será útil con relacion al objeto de andar: segun la estacion puede ser cómoda, entonces será útil para la comodidad; en invierno pudiera acarrear un catarro, será pues dañosa á la salud.

19. Siendo la utilidad una cosa relativa, cuando se quiera cimentar la moral sobre la utilidad privada es necesario comenzar por la definicion de esta; determinando el fin á que nos hemos de referir: segun sea el fin será la utilidad. Sardanápalo creia hacer una cosa que le era muy útil embriagándose de placeres; lo que consideraba como el sumo bien; supuesto que hacia poner en su busto la famosa inscripcion, de la cual dijo con verdad y gracia Aristóteles, que no era de un rey sino de un buey: «Tengo lo que comí, bebí y gocé; lo demás ahí queda. Pero si hubiésemos preguntado á Sócrates si miraba la frugalidad como dañosa ó inútil, hubiera dicho que á mas de juzgarla moral la creia muy útil á la salud y aun para ciertos goces. Así lo manifestó cuando, preguntado un dia porqué daba un fuerte paseo, respondió: «Estoy sazonando la cena con el mejor condimento, que es el hambre.»

20. Si se hace consistir el fin en el placer, es preciso expresar en cuál, si en los sensibles ó en los intelectuales, que tambien tiene los suyos la inteligencia.

21. Poner el fin del hombre en los placeres sensibles es trastornar el orden de la naturaleza, tomando los medios por fines y los fines por medios. El placer de la comida se nos ha concedido para impelernos á satisfacer esta necesidad, y hacernos el alimento mas saludable; no nos alimentamos para sentir placer, sentimos placer para que nos alimentemos. Lo propio se puede decir de los demás, y en sentido opuesto de los dolores.

22. La prueba de que el fin no es el placer sensible, se ve en la limitacion de las facultades para gozar; el gastrónomo mas voraz está condenado á privarse de muchas cosas, si no quiere morir; y para la inmensa mayoría de los hombres, los placeres de la mesa se reducen á un círculo mucho mas estrecho. Todos los demás goces algo vivos están sujetos á la

misma ley: quien la infringe sufre; si continúa pierde la salud, y si se obstina muere.

23. Los placeres á que se ha dado mayor latitud, y cuyo goce está únicamente limitado por las precisas necesidades del reposo de los órganos, son aquellos que acompañan al ejercicio de la vista, del oído, y del tacto en sus relaciones ordinarias (V. *Estética*, 143 y 144.). Vemos, oímos, tocamos continuamente sin experimentar ningun daño; al ejercicio de estos sentidos está unido cierto placer suave (V. *Estética*, 143), que el Autor de la naturaleza nos ha otorgado para amenizar las funciones de la vida. Pero es de notar que las sensaciones que no nos destruyen ni fatigan, son las que nos ponen en comunicacion con el mundo externo, las que sirven á la inteligencia: indicio seguro de que el hombre no entiende para gozar sensiblemente, sino que goza sensiblemente para entender.

24. No puede ser verdadera una doctrina cuyas aplicaciones no se atreve á sostener quien conserve un rastro de pudor. El epicúreo consecuente debiera hablar de este modo: «mi fin es el placer; esta es la única regla de mi moral; gozo cuanto puedo, y solo cese cuando temo morir; sin este peligro no pondría ningun límite á la sensualidad; los festines, las orgias, los desórdenes de todas clases formarian el tejido de mi vida; y entonces seria yo el hombre moral por excelencia, porque me atendria con rigor al principio de la moralidad: el goce.» ¿Quién puede sufrir tamaña impudencia? ¿Quién se atreveria á semejante lenguaje?

25. No siendo el placer sensible la regla de la moral, ¿lo será tal vez la salud, aquel estado en que se ejercen con orden y armonía todas las funciones de nuestra organizacion? ¿Podremos decir que es moral lo que conduce á la conservacion de la salud, y por consiguiente de la vida?

26. Desde luego salta á los ojos la extrañeza de confundir lo moral con lo saludable; y de poner lo principal de la moralidad en un lugar tan prosaico como es la cocina. El sentido comun distingue entre la sanidad y la moralidad; reconoce acciones morales é inmorales con relacion á los alimentos, á las habitaciones, y á cuanto contribuye á la conservacion de la salud y de la vida: pero cree que la moralidad es algo superior á

estas cosas, que solo se aplica á ellas como á un caso particular, por la union del ser inteligente y libre á un cuerposugeto á esta especie de necesidades.

27. La salud y la vida no son para sí mismas, sino para el ejercicio de las facultades vitales: la armonía de la organización no es un fin, es un medio para que los órganos funcionen bien; luego el tomar la salud y la vida como fines, es trastornar el orden. Suponed un individuo perfectamente sano: si la moralidad consiste en la salud, este será el hombre moral por excelencia; recostadle pues en un blando sofá, conservadle bien, con sus ojos claros, su tez brillante, sus mejillas encarnadas; y mostradle á los demás diciendo: « Hé aquí la virtud en persona; hé aquí el fin de todo moral: estar bien rollizo y fresco. »

La salud y la vida son para ejercer las facultades; y como ya hemos visto que el término de esta no es el placer sensible, lo hemos de buscar en otras superiores, en el entendimiento y la voluntad.

28. ¿La moralidad se fundará en la inteligencia, de suerte que sea moral todo lo que conduzca al desarrollo de las facultades intelectuales, é inmoral lo que á esto se oponga?

No cabe duda en que esta opinion no ofrece la repugnante fealdad de las anteriores; el desenvolver las facultades intelectuales, es una accion noble, digna del ser que las posee; el sentido moral no se subleva contra quien nos presenta el término del hombre en la esfera intelectual; la contemplacion de la verdad es un acto noble, digno de una criatura racional. Sin embargo, esta idea por sí sola, no nos explica el cimiento de la moralidad: nos agrada la accion de entender; pero todavía preguntamos en qué consiste ese carácter moral de que la inteligencia se reviste, en qué la inmoralidad que con frecuencia la afea y la degrada. Fingid una criatura racional, que conoce á su Autor; que por el estudio de su naturaleza halla cada dia nuevas razones para admirar la sabiduría del Hacedor supremo, y que sin embargo se levanta contra Dios, le blasfema, y desea que no exista; esa criatura aunque continúe desenvolviendo y perfeccionando su inteligencia con el estudio y la contemplacion de altas verdades, ¿ será moral? Claro es que no. Imaginad un filósofo que dominó por la

pasion del saber no perdona medio ni fatiga para acrecentar sus conocimientos; y que con el fin de proporcionarse lo que desea, olvida los deberes de su familia y de la sociedad; y es además injusto, reteniendo libros que no le pertenecen, usurpando propiedades de otros para acudir á los gastos de sus experimentos, viajes y demás que necesita y á que no alcanzan sus caudales; suponed que es orgulloso, insolente, inhumano; ¿ será moral? ¿ le bastará para la moralidad su ardiente passion por la ciencia? Es evidente que no.

Luego la inteligencia no es la moralidad: luego la perfeccion del entendimiento no es la única regla de la moral. Una alta inteligencia puede concebirse con profunda inmoralidad; en cuyo caso, lejos de que la elevacion de la primera excuse á la segunda, la hace mas culpable; la falta es tanto mayor cuanto mas claro es el conocimiento que de ella se tiene.

29. No hallamos pues en la utilidad privada el fundamento de la moralidad; ni aun refiriéndola á las facultades intelectuales, nos da la regla buscada; el ejercicio de estas debe someterse á la regla, pero no son la regla misma. De lo cual se infiere que el egoismo, ni aun en la acepcion mas elevada de esta palabra, no puede ser el fundamento de la moralidad. Sucede en esto como en las verdades del orden intelectual puro; si se quiere encontrar la razon de su verdad, necesidad y universalidad, es preciso salir del individuo, y extender la vista por regiones mas dilatadas.

CAPÍTULO V.

LA MORALIDAD NO ES LA RELACION Á LA UTILIDAD PÚBLICA.

30. Al desaparecer el interés privado, se ofrece desde luego el comun; ¿ será posible cimentar la moralidad en la utilidad de todos; por manera que lo que conduzca al bien comun sea moral, y lo que á él se oponga sea inmoral?

31. Desde luego ocurre una grave dificultad contra esta doctrina: ella rechaza al egoismo como base de la moral; pero en cambio exime de la moralidad al individuo, en aquellas ac-

ciones que no tengan relacion con la sociedad; de suerte que para un individuo solo, aislado, no habria orden moral. La razon es evidente: si la moralidad es la relacion al bien comun, cuando esta relacion falta no hay ni puede haber moralidad; la consecuencia es profundamente inmoral, pero legitima, necesaria; no hay medio de eludirla.

Segun esta doctrina, un ser inteligente considerado en sus relaciones con Dios, no estaria sujeto á la moral: por manera que si no hubiese sociedad, si hubiese un hombre solo en el mundo, este hombre podria hacer lo que quisiese con respecto á sí y á Dios, sin infringir leyes morales.

Además, muchas de nuestras acciones exteriores ó interiores no tienen ninguna relacion con la sociedad, son actos puramente individuales que no favorecen ni dañan al bien comun. Admitido que la moralidad nace únicamente de sus relaciones con este bien, gran parte de nuestras acciones queda fuera del orden moral; lo que á mas de ser contrario á la razon y al sentido comun, es un manantial de inmoralidad. No, no es necesaria la sociedad para que tengan existencia y aplicacion las ideas morales: una criatura inteligente que estuviese sola en el universo, tendria sus deberes para consigo y con el Criador: desde el momento que hay inteligencia y libertad, hay el orden moral que es su regla.

32. A mas de estas dificultades ocurre otra que no es de menos gravedad. Si la norma de la moral fuese el bien comun, seria preciso explicar en qué consiste este bien. ¿Será el desarrollo de la inteligencia, será el bienestar material, ó ambas cosas á un tiempo? En todos los supuestos la moralidad quedará fluctuante. Porque si la inteligencia es el fin, se podrá disminuir el bienestar material, y no será inmoral el dañarle ni el destruirle. Si se sobrepone el bienestar material, entonces la perfeccion de los pueblos consistirá en la mayor cantidad posible de goces: el epicureismo condenado en el individuo, lo trasladaremos á la sociedad. Si son ambas cosas á un tiempo, falta saber en qué proporcion se han de combinar; si se ha de sacrificar el uno al otro en ciertos casos; y en favor de cuál se ha de resolver el conflicto. Nada habrá constante; la moralidad flotará á merced de las pasiones y caprichos de los hombres; lo que unos llamarán moral, otros lo tendrán por inmoral; lo

que estos alabarán como virtud, aquellos lo condenarán como vicio.

33. Esta incertidumbre afectará mucho mas á los actos individuales que no se refieran inmediatamente al bien comun. El suicida dirá: « A la sociedad no le conviene un miembro que sufre tanto como yo; quiero hacerle un bien, apartando de su vista este cuadro afflictivo; » y se matará. El ofendido por una palabra dirá: « A la sociedad no le conviene hombres sin honra, yo debo lavar la mia con la sangre de mi enemigo, ó morir, » y se batirá en duelo. El pródigo dirá: « A la sociedad le conviene el progreso de la industria y del comercio; yo la fomento con mi lujo y disipacion; la suerte de mis hijos, cuyo porvenir destruyo, no vale tanto como el bien de la sociedad, » y seguirá dilapidando. Y como á estos insensatos no se los podria reconvenir con la ley moral, con ese conjunto de máximas fijas, eternas, que arreglan la conducta del individuo y de la sociedad, necesario seria calcularlo todo por el resultado; el cálculo fuera tan variable como las pasiones y caprichos, y en vez de una moral social, no tendríamos ninguna.

CAPÍTULO VI.

RAZONES CONTRA EL PRINCIPIO UTILITARIO EN TODOS SENTIDOS.

34. Los que confunden la moralidad con la utilidad, sea que hablen de la privada ó de la pública, caen en el inconveniente de reducir la moral á una cuestion de cálculo, no dando á las acciones ningun valor intrínseco, y apreciándolas solo por el resultado. Esto no es explicar el orden moral, es destruirle, es convertir las acciones en actos puramente fisicos, haciendo del orden moral una palabra vacía. Hagámoslo sentir poniendo en escena las varias doctrinas, y empezando por la del interés privado.

Un hombre quiere matar á su enemigo; ¿qué le diréis para hacerle desistir de su intento criminal? Veámoslo.

Este es un acto injusto.
¿Porqué? ¿Qué es la injusticia? Yo no reconozco mas justicia

ni moralidad que lo que conviene á mis intereses: y ahora para mí no hay interés mas vivo, mas estimulante, que el de saciar mi venganza.

Pero de esto le puede resultar á V. un grave perjuicio, cayendo en seguida bajo el rigor de las leyes.

Procuraré evitarlo; además, estoy completamente seguro.

¿Está V. seguro de ello?

Si del todo: pero suponed que no lo estuviera, ¿esto qué importa?

Entonces se expone V.

Ciertamente; pero el peligro es lejano, y la satisfacción es segura: opto por la segunda y arrostro el primero.

Pero esto es reprehensible.....

No: porque segun V., mi regla es mi interés: este le debo conocer yo; lo mas que puede suceder es que yerre yo en mis cálculos; cometeré un error, no un delito.

Mas la accion no dejará de ser fea; pudiérais calcular mejor.

Que tal vez pudiera calcular mejor, lo admito; pero niego que un error de cálculo sea una cosa fea. ¿Hay algo mas que mi interés? ¿Si ó no? Si no hay mas, y yo me lo juego por decirlo así, ¿dónde está la fealdad?

En efecto, si se tratara solo de V., pero hay de por medio la vida de un hombre y la suerte de su familia.

Cierto; pero ni esa vida, ni la suerte de toda una familia son *mi interés*; y supuesto que no hay otra regla que esta, lo demás es inconducente. Con la venganza disfruto; con la muerte del enemigo me quito de delante un objeto que me molesta: lo restante no significa nada.

35. Fácil seria extender la aplicacion de la doctrina del interés privado á todos los actos de la vida, manifestando que en último análisis, es la muerte de toda moral, pues erige en única regla las pasiones y los caprichos.

36. La doctrina del interés social ó del bien comun, adolece de inconvenientes semejantes. Ya hemos visto (35) cómo la podrian explotar todos los vicios y delirios de los hombres: bajo la engañosa apariencia del desprendimiento encierra la mas deforme inmoralidad. En nombre del bien comun se han cometido los mas horrendos crímenes, contra los que protesta la conciencia del género humano; pero si admitimos que la mo-

ralidad no tiene reglas intrínsecas, propias, independientes de sus resultados, esos crímenes se pueden justificar, reduciéndolos, cuando menos, á simples errores de cálculo.

Un tirano para guardarse de un enemigo terrible, sacrifica centenares de personas inocentes: la humanidad le execra, pero vuestra doctrina le justifica. «Así lo exigé el bien comun,» dirá él; no hay bien comun que justifique la maldad; el fin no justifica los medios; «esto último no es exacto, responderéis vosotros: la cuestion no está en si el acto es moral ó inmoral en sí mismo, sino en si conduce ó no al bien comun; segun conduzca ó no, será moral ó inmoral; pues su moralidad ó inmoralidad depende de sus relaciones con el bien comun. Tirano, calcula; y si el resultado del cálculo es que la matanza de muchos inocentes es *útil* al bien comun, sacrícalos; y si no lo haces serás inmoral.»

37. Hé aqui las horribles consecuencias á que conducen las doctrinas que aprecian la moralidad por los resultados. Todo se reduce á una cuestion de cálculo, que las pasiones cuidarán de resolver á su modo; y por desastres que resulten, por mas que lo que se creia favorable al interés privado ó al comun le sea muy dañoso, no hay inmoralidad intrínseca, hay un error de cálculo, no un delito. No hay pues nada digno de alabanza ni vituperio; no hay mérito ni demérito, no hay premio ni castigo. Cuando se aplique una pena, esta no será mas que un medio represivo, semejante á los que se emplean contra los brutos: el hombre que arrostre la multa, la prision, el destierro, la muerte, por cometer un acto que las leyes reprimen, será si se quiere un jugador torpe ó temerario; un hombre que habrá hecho un negocio desigual; nada mas; y al verle morir en el patíbulo, no deberemos decir que satisface á la justicia, que paga su merecido, que expia sus crímenes, sino que liquida una cuenta de un negocio conducido erradamente, en cuyo término hay un cargo contra él, que es la pérdida de la vida.

38. La razon y el sentido comun ven en la moralidad algo muy superior á una cuestion de cálculo; y de aquí dimana el desprecio que se acarrea el egoismo, la necesidad que tiene de ocultarse, y de engalanarse con velos hipócritas; de aquí el aprecio que nos inspira el desinterés de quien cumple sus deberes sin atender á los resultados; y el que consideremos que

no hay belleza moral en un acto, cuando su autor solo se ha movido por una razon de utilidad.

Dos hombres mueren por su patria : ambos ejecutan lo mismo ; igual es el bien público que de su muerte dimana ; igual el sacrificio con que lo obtienen : el uno es ambicioso , y solo se proponia conseguir un alto puesto ; el otro es un sincero amante del bien público , y muere porque cree que morir es su deber : ¿ de qué parte está la moralidad ? La hallamos en el segundo , que prescinde de la utilidad propia ; no en el primero , en quien solo vemos un calculador , que juega su vida por la probabilidad de adquirir lo que ambiciona.

Dos gobernantes que tienen en rehenes á individuos inocentes de las familias del enemigo , se abstienen de matarlos y atropellarlos y les dan libertad.

La conducta del uno es motivada por miras de interés público , porque cree que de este modo contribuye al triunfo de la causa , desarmando la cólera del enemigo , y adquiriendo á su gobierno un buen nombre ; la del otro es efecto de la idea del deber : les da libertad porque cree que así lo exigen la humanidad y la justicia : ¿ en cuál de los dos vemos al hombre moral ? En el segundo , no en el primero.

La razon del bien comun no nos basta para que hallemos moral la accion : esta tiene en ambos el mismo resultado , pero la diferente intencion de sus autores le da caracteres diversos : en el uno reconocemos moralidad , en el otro habilidad.

CAPÍTULO VII.

RELACIONES ENTRE LA MORALIDAD Y LA UTILIDAD.

39. Al distinguir entre la utilidad y la moralidad , no entiendo separar estas dos cosas , de suerte que la una excluya á la otra : por el contrario , las considero íntimamente unidas , ya que no en cada caso particular , al menos en su resultado final. Lo moral es tambien útil : un individuo que cumple fielmente con sus deberes no solo logrará la felicidad que está reservada á los justos después de la muerte , sino que con mucha fre-

cuencia será dichoso en esta vida , en cuanto es posible á la condicion humana. Sus goces no serán tan vivos y variados como los del hombre inmoral , pero serán mas dulces , mas constantes : exentos de amargura , no dejarán en el alma el roedor gusano del remordimiento. Su posicion en la sociedad no será quizá tan elevada y brillante , pero tampoco le atormentará la idea de que sus iguales le detestan , sus inferiores le maldicen , y sus superiores le desprecian ; tampoco estará temiendo de continuo una caida que le precipite en la nada , y que le haga expiar las villanias y los delitos con que se levantara sobre los demás. La dicha del hombre inmoral es ruidosa , fastuosa ; la del hombre de bien es modesta , tranquila , se desliza en el silencio y oscuridad de la vida privada , como aquellos mansos arroyos que murmullan suavemente en un valle retirado , sin mas testigos que la verde yerba que tapiza sus orillas , y la luz del cielo que refleja en su cristalina corriente.

40. Lo propio que en los individuos se verifica en la sociedad. Una nacion corrompida deslumbra tal vez con el esplendor de sus letras y bellas artes ; pero bajo el manto de púrpura y de oro , abriga la llaga mortal que la conduce al sepulcro. La Roma de los Brutos , Camilos , Fabios , Manlios y Escipiones , no brillaba tanto ciertamente como la de los Tiberios , Neronés y Calígulas ; sin embargo , la Roma modesta marchaba á pasos agigantados á un grandor fabuloso , al imperio del mundo ; y la Roma brillante iba á caer bajo el hierro de los bárbaros y á ser la irrision de las naciones. Un Estado , por un acto de perfidia con que falta á los tratados , adquirirá tal vez una posicion importante , una ventaja del momento ; pero esto no compensa su descrédito á los ojos del mundo , y los perjuicios que le ha de acarrear su reputacion de perfidia. Un gobierno que para la administracion del Estado promueve la corrupcion y fomenta la venalidad , conseguirá resultados momentáneos , que le conducirán quizás con brevedad al fin que se propone ; pero dejad pasar el tiempo ; la venalidad se extenderá de tal modo , que bien pronto faltarán medios para comprar á los que quieran venderse ; se presentarán , por decirlo así , mejores postores en esa subasta de hombres ; y el mismo gobierno que habia tomado por base la corrupcion , se hundirá bien pronto en el inmundododazal obra de sus manos.

41. La utilidad bien entendida, no solo está hermanada con la moralidad, sino que puede tambien ser objeto *intendado* en la accion moral, sin que esta se afee ni pierda su carácter. El honrado padre de familias que con su trabajo sustenta á sus hijos, se propone la utilidad que gana con el sudor de su frente; el soldado que muere por su patria, se propone el bien público que de su sacrificio resulta; la persona caritativa que socorre al pobre, intenta la utilidad del socorrido; el individuo laborioso que se desvela por aprender un arte ó una ciencia, ó por procurarse una posición decente, intenta su utilidad privada; en los medios que empleamos para conservar ó restablecer la salud, intentamos nuestra utilidad propia; ¿y quién dirá que semejantes acciones dejan por esto de ser morales? ¿No seria bien extraña una moralidad que prescribiese al padre el trabajar por el sustento de su familia, sin intentar esa utilidad; al soldado el morir por su patria, sin intentar el fruto de su muerte; al misericordioso el socorrer al pobre, sin intentar la utilidad del infeliz; al individuo perfeccionar sus facultades ó labrar su fortuna, sin intentarlo; á todos conservar la salud, sin proponernos su conservacion? No se entiende de este modo el desinterés moral; se entiende sí, que la razon constitutiva de la moralidad, no es la utilidad; se afirma que la una no es la otra, pero no que estén reñidas; por el contrario, se hallan íntimamente enlazadas. La utilidad no constituye la moralidad; pero muchas veces es una *condicion* necesaria para ella: ¿cómo se concibe un conjunto de relaciones morales en un hombre cuyas acciones no sean útiles á nadie? La beneficencia, uno de los mas bellos florones de la corona de las virtudes, ¿en qué se convierte, si no se dirige á la utilidad de los demás? El heroísmo con que el hombre se sacrifica por el bien de sus semejantes, ¿á qué se reduce si se le separa de este bien, de esa utilidad para los otros? El hombre puede y debe intentar los resultados que corresponden á cada accion moral; sin esta intencion sucederia muchas veces que sus obras carecerian de objeto, y que la moralidad seria una cosa vana, ó una contradiccion.

42. La combinacion de la utilidad con la moralidad nos la indica nuestro deseo innato de ser felices. Respetamos, amamos la belleza moral; este es un impulso de la naturaleza; pero tambien esa misma naturaleza nos inspira un irresistible deseo

de la felicidad: el hombre no puede desear ser infeliz; los mismos males que se acarrea, los dirige á procurarse bienes, ó á libertarse de otros males mayores: es decir, á disminuir su infelicidad. Así, la moral no está reñida con la dicha; aun cuando la razon no nos lo enseñara, nos lo indicaria la naturaleza que nos inspira á un mismo tiempo el amor de la felicidad y el de la moral.

43. ¿Cosa singular es la moralidad! su belleza la vemos, la sentimos en unas acciones, y nos atrae y cautiva; la fealdad de lo inmoral la vemos, la sentimos, nos repugna, nos repele nos inspira aversion; el órden moral se liga con el provecho y el daño; pero no es ni el daño ni el provecho; se dirige á los resultados, pero es independiente de ellos: se consume en la conciencia con el acto libre de la voluntad, y allí merece su alabanza ó vituperio, sean cuales fueren los efectos imprevistos que cause en lo exterior. Tan íntima es la relacion de la moral con el bien del individuo, de la sociedad y del linaje humano, que á primera vista parece confundirse con esos bienes; donde se halla una utilidad individual ó general, allí hay ciertas ideas morales que moderan, que dirigen; y al propio tiempo es tal su independencia con respecto á esas mismas cosas, con las cuales está ligada; conserva de tal modo inalterable su carácter en medio de la variedad de los objetos, que parece no tener ninguna relacion con ellos, y ser una especie de divinidad, á la que no afectan las vicisitudes del mundo.

44. Hagámoslo sentir con ejemplos. Hay un hombre que viendo en peligro á su patria resuelve dar su vida para salvarla: no se propone ni hacer fortuna en caso de sobrevivir al riesgo, ni mejorar la suerte de su familia, ni siquiera adquirir celebridad: él solo tiene noticia del peligro de su patria, y no le es posible comunicar la noticia á nadie: solo, sin mas testigo que Dios y su conciencia, sin mas deseo que el bien de sus compatriotas, marcha al peligro y muere: esto es lo sublime moral; no sabemos cómo expresar el interés, la admiracion, el entusiasmo que nos inspira tan heróico desprendimiento, un amor tan puro de la patria, un corazón tan grande, una voluntad tan firme. Muere, pero ¡ay! ¡ha sido víctima de un engaño que no ha podido prever ni sospechar! Su muerte, lejos de salvar la patria, la ha perdido para siempre. El resul-

tado es desastroso, ¿se disminuye la moralidad y el heroísmo de la acción? no; ha producido una catástrofe, es verdad; pero « él no lo podía prever, diremos; el mérito es el mismo; » y ¿porqué? porque la raíz de este mérito estaba en la voluntad, en la conciencia; procedía del amor puro de su patria, en cuyas aras se inmola, sin más testigos que Dios y su conciencia, y guiado por la idea del bien, por la prescripción del deber, por el amor de la virtud. El heroísmo no deja de serlo por haber sido desgraciado; sobre la tumba de la patria debería levantarse la estatua del héroe.

Hágase la contraprueba. Un hombre vil ocupa una posición importante de cuya conservación depende la suerte de su patria. El enemigo le ofrece una cantidad, y se presta á venderla, conociendo todo el daño que resulta de su acción infame. Entretanto, el gobierno á quien sirve, desepso de asegurarse la fidelidad del traidor, le promete un premio mayor que la cantidad de la venta; el infame calcula, y conociendo que le es más ventajoso el permanecer fiel, conserva la posición, la defiende con obstinación invencible, y salva á su patria. El resultado es feliz; pero ¿qué os parece del hombre? Su acción es felicísima, pero no moral; por el contrario, es negra como sus bajos cálculos; todo el brillo de los resultados no es capaz de ennoblecerla: el triunfo que á ella es debido se liga con el recuerdo de una sórdida especulación; la patria fué salvada porque fué el mejor postor en la conciencia venal; en los trofeos de la victoria desearíamos ver escrita con caracteres indelebles la infamia del vencedor.

CAPÍTULO VIII.

NO SE EXPLICA BASTANTE LA MORALIDAD CON DECIR QUE LA MORAL ES LO CONFORME Á LA RAZON.

45. La razón nos prescribe la moral: ¿consistirá la moralidad en la conformidad con la razón? Analicémoslo.

46. ¿Qué se entiende aquí por conformidad á la razón? Y ante todo, ¿qué significa la palabra razón? Suele tomarse en

varias acepciones; á veces expresa la facultad de pensar, ó el entendimiento, en cuyo sentido se dice que el bruto carece de razón, y que el demente ha perdido el uso de la razón; á veces significa el conjunto de las verdades fundamentales, que son como las leyes de nuestro entendimiento: y así decimos que tal ó cual cosa es contraria á la razón, y que lo absurdo es contra la razón, porque se halla en contradicción con estas verdades. Por fin, la razón se toma frecuentemente por la equidad y justicia moral. « Pretende eso y tiene razón, es lo justo; se resiste á desposeerse de tal propiedad y no tiene razón, porque no le pertenece; exige en el contrato condiciones razonables; » en estos y otros casos, razón se toma por equidad ó justicia. Ninguna de estas acepciones basta para que diciendo: conforme á razón, resulte explicado el carácter constitutivo de la moralidad.

47. Ser conforme á razón, significando por esta palabra la facultad de entender, es no decir nada. Una facultad incluye actividad, pero esta puede ejercerse de mil maneras; ser conforme á una actividad, es ser proporcionado á ella, ó ser una condición que la desenvuelva; pero en todo eso nada encontramos que nos dé ideas morales.

48. Decir que la moralidad es la conformidad á la razón, esto es, al conjunto de verdades que ella conoce, es ó no decir nada, ó caer en un círculo vicioso. Porque en este conjunto de verdades entran las morales ó no: si entran, la proposición significa que la moralidad consiste en la conformidad á las verdades morales, lo que es explicar la cosa por sí misma, y por tanto no aclarar nada; si no entran, entonces observaremos que la conformidad á la razón será conformidad con lo conocido; y como este conocimiento puede referirse á mil objetos, y aplicarse de infinitas maneras, nos quedamos sin ninguna regla moral, y el hombre podrá cometer las acciones que quiera en conformidad con sus conocimientos. Verdad hay en los cálculos del traidor; verdad en los insidiosos preparativos del asesino; verdad en las invenciones del sensual para prolongar, variar y avivar sus placeres, verdad en las especulaciones del codicioso; verdad en los planes del ambicioso turbulento; verdad en los designios del orgulloso, que todo lo sacrifica en sus aras; en tales casos hay verdades de hecho, conocidas, calculadas; verdad